

## BAJO EL SIGNO DEL ISLAM

Por: Hernando Gaitán L.

“Los hombres no deben esperar otra recompensa que la que obtengan aquí en la tierra, con su propia perfección”.

Averroes.

### *Los pueblos en el curso de la historia*

La historia de la humanidad no es otra cosa que una inmensa trama en que sus partes se hallan trabadas unas con otras, y cuyas primeras mallas datan de los tiempos más antiguos de nuestro planeta. Así, todo fenómeno histórico sería consecuencia de una larga serie de acontecimientos anteriores, ya que el presente es hijo del pasado y lleva en su seno el germen de lo que habrá de venir. Es por ello que suele afirmarse que las llamadas leyes regulantes del curso de la humanidad, no son más que la comprobación empírica de ciertos hechos, que pueden equipararse con observaciones, también empíricas, de las estadísticas.

Una colectividad tradicional, objeto de estudio en un momento dado, sólo puede estimarse como la resultante de un largo proceso de formación y no como surgida repentinamente a la vida. Por consiguiente, ella también es un producto real de las muchas influencias del medio en que estuvo siempre enmarcada. Tanto los seres vivientes como las sociedades, han de pasar por una sucesión de fenómenos inferiores, para alcanzar las fases de evoluciones superiores.

También es cosa sabida, que para reconstruir el pasado de un pueblo y la evolución de los elementos que conforman su civilización, los investigadores han debido rastrear, desde las primitivas épocas de la piedra tallada hasta los tiempos actuales, a través de sus monumentos, creencias, instituciones, literaturas, lenguas, armas, utensilios, etc., para llegar así a desentrañar el misterio que envuelve su pasado.

No obstante ser ésta la forma clásica y convencional de abocar una investigación histórica, oímos con alguna frecuencia, que ciertos pueblos que han realizado notables expansiones históricas —como los árabes—, han cumplido sus ejecutorias trascendentales, partiendo de condiciones y aptitudes inferiores a la misión cumplida. Este punto de vista sólo sería admisible, tratándose de opiniones predisuestas a sostener que pueden existir colectividades sobresalientes, sin tradiciones culturales o civilizaciones básicas. Esta teoría, apenas podría esgrimirse en el caso de ciertos pueblos como los bosquimanos, de los que aún subsisten exponentes en ciertas regiones del planeta.

### *Los pueblos semitas*

Consideraciones fundadas principalmente en el fenómeno lingüístico, clasifican en una sola familia a los árabes, hebreos, fenicios, sirios, babilonios y asirios. Su parentesco se sustenta en la analogía que media entre la lengua hablada por cada uno y en ciertos caracteres físicos.

Del conjunto de pueblos que precede, es hoy generalmente aceptado, el parentesco que existe entre los hebreos y los árabes, no obstante la rivalidad que registra el largo historial de su existencia. Si nos remontamos en el tiempo, por cierto muy lejano, desde su aparición en el mundo, los hebreos se mantuvieron en abierta lucha con todos los pueblos vecinos, por una u otra causa. Unas veces como vencedores y otras como vencidos, lograron sobrevivir y abrirse paso en busca de un lugar propicio para fijar su residencia, después de peregrinar azorosamente cuarenta años por desiertos y regiones inhóspitas.

Otras ramas de la gran familia semita desarrollaron también su vida en medio de luchas, invasiones y alternativas de poderío o de servidumbre, en un mundo inestable sobre el que dirimían sus destinos, en continuos avances y retrocesos, en busca de acomodo, pueblos que venían de muy lejos, de regiones desconocidas, huyendo de invasores que a su turno eran impulsados por un turbión migratorio, desprendido de las grandes llanuras o de las intrincadas zonas boscosas del septentrión.

Los árabes, que según la Biblia, salieron del tronco principal de la familia hebrea, eligieron los desiertos por patria

en su comienzo y realizaron su vida en los oasis, en un continuo deambular, que se prolongó hasta ya avanzado el crecimiento de los otros pueblos semitas. Con todo, gracias a su infatigable voluntad, progresaron y dieron vida a notables ciudades, donde floreció su cultura básica.

Pese pues a tantas vicisitudes y a su inevitable mestización, los semitas, después de vivir peligrosamente, bajo nuevas apariencias y denominaciones sobrevivieron al tremendo mare-magnum que se enseñoreó por varios siglos de éste explosivo continente. Sus opulentas ciudades y su alta cultura constituyeron el comienzo y la cuna de la civilización del Medio Oriente.

### *Las tres grandes religiones semíticas*

La ciencia moderna suele designar como enajenados a los grandes fundadores de religiones e imperios. Ellos, en el corazón de los fenómenos sociales, son dignos de admiración y por qué no decir, de veneración, pues encarnan el alma de una época y el genio de una raza. Por sus bocas han hablado generaciones en masa de antepasados desaparecidos. Esos creadores de ideales, y también aquellos que se han opuesto a sus enajenamientos, han forjado en gran parte la historia, que no es otra cosa que el conjunto de los acontecimientos que los hombres han realizado por creer en éste o en aquel ideal, ya sea para adorarlo o destruirlo.

En este maravilloso Oriente cabe buscar la clave de los acontecimientos pasados, pues en esta tierra privilegiada se han manifestado las artes, las lenguas, las grandes religiones. ¿Será acaso que estos orientales no son como las demás gentes de las otras regiones del mundo? Forzoso es reconocer, a través de la historia de la humanidad, que sus ideas, pensamientos y sentimientos han sido siempre diferentes.

Tres libros constituyen la esencia de tres grandes religiones de origen semítico: El Talmud, La Biblia y El Corán. En ellos se sustenta el código religioso, social y político que informó en un principio la regla de conducta de judíos, cristianos y musulmanes. Millones de hombres en muchas regiones del mundo vieron en estos tres libros sagrados, el principio y el fin de sus convicciones religiosas. Hoy, después

de transcurridos tantos siglos, continúan siendo fundamentos religiosos y sociales de sus adherentes. Israel, Cristo y Mahoma, siguen ejerciendo en la mente y en la conciencia de sus creyentes el influjo de una fe cálida y fervorosa. Ellos han resistido victoriosamente las equivocaciones y el desafecto que un culto, mal entendido y peor aplicado, ha provocado en los hombres la duda y el pesimismo religioso. Ello se hace más ostensible en épocas de turbulencia y desenfreno, que es cuando el clero pone en acción medidas y prácticas, que llevan a los fieles a desconfiar del poder temporal encarnado en los representantes de Dios sobre la tierra.

Correspondió a la rama judía de la familia semítica, la autoría intelectual de las tres religiones, que han dominado la conciencia de la colectividad humana y creado una era que rige el calendario de las sociedades que marchan a la vanguardia del mundo contemporáneo.

### *El mundo de los árabes*

Cuando Heródoto entró en contacto con los árabes (en Egipto), se indignó de sus costumbres y éstas le parecieron repugnantes, si nos atenemos a los juicios que profiere en su obra monumental sobre el mundo antiguo, escrita en el siglo V antes de la era cristiana: "En plena calle, a guisa de saludo, se prosternan los unos ante los otros; toman actitudes perrunas, bajando las manos hasta las rodillas...". Pero lo sorprendente no es que el gran etnógrafo e historiador se indignara antes de nuestra era, al ver estos hábitos, tan extraños para los griegos, sino que ellos persistan aún en la actualidad. Así, los vemos en nuestro mundo de hoy, con las apariencias de ayer, celebrando las mismas ceremonias. Sin embargo, han cambiado en varios aspectos. Han asimilado, y hoy con mayor intensidad, los adelantos materiales de occidente que convengan a sus propósitos, pero sin perder su esencia, ni abdicar de sus ricas tradiciones. Y no debemos olvidar, al juzgarlos bajo cualquier aspecto, que a raíz de sus primeras experiencias en los desiertos, se fraccionaron para siempre en tres grupos, que han sabido cumplir con las exigencias que impone la preservación de una raza: nómadas del desierto, sedentarios de la campaña y hombres de las ciudades.

Hoy como ayer, el beduino, el hijo auténtico de Ismael, que lanzado a un destino errabundo por voluntad divina, según la biblia, junto con su madre, la egipcia Agar, fructificó, multiplicó, y aún perpetúa su estirpe en el desierto. Su grandeza de alma, y por qué no decir su filosofía, término tan usual en la actualidad, le han procurado siempre un cierto desdén por la riqueza y no admite desigualdad en las relaciones sociales, porque todos viven de un mismo modo, llevan los mismos vestidos y disfrutan de los mismos alimentos. Ellos, dentro de su gran naturalidad, no han tenido que recurrir a elevar a preceptos constitucionales, como los pueblos de occidente, sus prácticas espontáneas de libertad, igualdad y fraternidad. Desde remotos tiempos suelen manifestar a los extraños, cuando éstos les hablan de las comodidades de las ciudades: "La riqueza viene por la mañana y se va por la tarde". En esta frase hay mucho de verdad, pues en la historia del desierto, ésto ha sido estrictamente verdadero. Y otro filósofo poeta, Hatim, agrega a su turno: "Los hombres se dividen en dos clases: Las almas bajas que se complacen en mantener el dinero; las almas elevadas que buscan la gloria que procura la generosidad". Estos han sido los árabes beduinos, los hombres que por generaciones han habitado en los oasis, en lucha permanente con la naturaleza y entre ellos mismos.

Desde los primitivos tiempos de la tribu, los habitantes sedentarios vivían por grupos de varias generaciones de parientes, bajo la autoridad de una cabeza de familia, como había sido la del patriarca tronco de la raza, el venerable Abraham. Agricultores fueron desde entonces estas comunidades y lo son aún, con una escasa población, comparada con la superficie de las tierras cultivables. La propiedad era común y el espacio concedido a cada uno, proporcional al número de bueyes que poseyeran. Las cosechas de la comunidad, aún hoy en día, sirven de alimento a los bueyes y camellos, y los excedentes se venden a los nómadas del desierto o a los mercaderes de las ciudades, que les procuran las telas para satisfacer a sus necesidades. Todos los productos pertenecen a las comunidades, excepto ciertos renglones de diferente origen que poseen algunos particulares y de los cuales pueden disponer libremente. Sus divergencias las juzga un jeque y sus costumbres y los aspectos legales se rigen por el Corán.

Las ciudades árabes y en lo general las de Oriente, se parecen mucho unas a otras, y llevan impresa esa peculiar característica que las distingue a primera vista de las que forman el conjunto de los pueblos de Occidente. En casi todas ellas, salvo en las que trasciende la influencia europea, el movimiento de las calles cesa por lo general así que se pone el sol; las tiendas se cierran; las gentes se meten en sus casas y se echa de ver la ausencia casi total de alumbrado público. Pero, en contraste, la vida de familia posee tal encanto que no necesitan de otras distracciones. ¿Será acaso porque la poligamia tiene la virtud de alejar la monotonía y los hombres no requieren de casinos, teatros, cines y cafés? Desde luego esto no reza, hoy en día, con las grandes urbes de Oriente, cuya vida nocturna es en ocasiones más agitada que en la misma Europa.

Así, sin el confort de las urbes Occidentales, se desarrolló la vida en Oriente, fuera de los palacios y residencias de los potentados, cuya molición, refinamiento y esplendor ha sido proverbial en todos los tiempos. Sin embargo, mucho de lo tradicional va desapareciendo, pero en el mundo de ayer, los interiores de sus residencias constituían nidos encantadores, al decir de las crónicas de viajeros: "nichos abiertos en las paredes, cubiertos de mármoles, revestidos de taraceas, ladrillos y azulejos persas. Todo rebosante de frescura y perfumes, donde los cristales sólo dejaban entrar una suave claridad, y donde sólo turbaba el silencio el murmullo del agua al caer en las tazas de mármol. Allí el árabe, rodeado de mujeres, podía seguir entre el humo del narguile, las fantasías de su imaginación y creerse transportado al paraíso de Mahoma.

Este pueblo así constituido, semi-bárbaro, al decir de algunos, forjó una civilización en la que participaron hombres de las ciudades, de los campos y de los desiertos, dentro de sus respectivas órbitas. Derribaron poderes seculares de persas, griegos y romanos y fundaron un gigantesco imperio desde la India hasta España, que legó esas maravillosas obras que son su testimonio y cuyos restos sorprenden, admiran y asombran.

## *Los árabes y su contorno geográfico*

Ubicada entre dos mundos, a cual más extraños, Asia y Africa, esta vasta península, casi desértica, es bañada por tres mares: el Rojo, el de Omán y el de las Indias. Pero si al Oeste, al Este y al Sur, su fronteras están dibujadas por el agua, la del Norte es imprecisa, mal definida, lo que ha sido motivo de conflictos y piedra de toque con sus inquietos vecinos. Cortan sus inmensas soledades, valles y regiones montañosas, moteadas de ciudades y aldeas, de población agrícola y sedentaria, a donde arriban los huéspedes del desierto, los beduinos, en su continuo deambular. Esta vasta meseta, que recuerda el Sahara africano, dirige su pendiente hacia el Golfo Pérsico, donde termina esa visión impresionante de llanuras áridas, arenosas y pedregosas, que llevan al ánimo del viajero, sensaciones de soledad, fatiga y angustia.

Para los nómadas, este paisaje que es horrendo y angustiante a los extraños, posee tantos hechizos, que las generaciones, se suceden unas tras otras en el correr de los milenios. En este mundo seco y ardiente existen sin embargo, zonas extremadamente fértiles y oasis donde se alzan las palmeras y se aprecian el frescor y verdura de los pastos. Climas cálidos y templados se alternan para ofrecer en profusión dátiles, café, algodón, caña de azúcar, sicomoro, fresno, incienso, pulpa de cañafístola, sen, bálsamo de la Meca, melocotones, albaricoques, almendras, trigo, maíz, cebada, mijo, habas, tabaco, higuera y otros.

### *Arabia antes de Mahoma*

Los árabes, como casi todos los pueblos, mantienen vivas tradiciones y leyendas sobre su pasado. Estas referencias, por lo general orales, hacen remontar sus ancestros más allá de Abraham. Aún cuando no es posible acoger estas teorías, en razón de su vaguedad, la lingüística ha comprobado que en época mucho más lejana, las regiones comprendidas del Cáucaso al sur de Arabia, estaban pobladas por gentes que hablaban la misma lengua. Aquí volvemos nuevamente al origen común de hebreos, árabes, fenicios, sirios, asirios y caldeos.

La riqueza proverbial de los árabes estuvo a punto de causar su ruina, pues Alejandro de Macedonia planeó la conquista de Arabia mediante la expedición de reconocimiento encomendada a su almirante Nearco. Pero la muerte prematura del conquistador desbarató los planes y los árabes se salvaron en esta ocasión. Más tarde Tolomeo ocupó parte de su territorio, sin causarles mayores daños. Posteriormente Antígono, quien no pudo olvidar que los árabes se habían puesto del lado de su adversario, comisionó a su hijo Demetrio para que se apoderara de estas regiones. A este propósito nos relata Diodoro de Sicilia que los árabes parlamentaron con Demetrio en estos términos: "Rey Demetrio por qué nos hacen la guerra a nosotros, que habitamos desiertos donde nada hay de lo necesario a la vida cómoda de los habitantes de las ciudades? Sabe que si nosotros hemos buscado refugio en una región privada de todos los recursos, es por estar resueltos a huir de la esclavitud". Demetrio, conocedor de las difíciles condiciones de esta clase de guerra, aceptó los presentes que le brindaron y se retiró con su ejército.

Al impulso de las circunstancias, los nómadas hasta la aparición de Cristo, tomaron partido, unas veces por los Sirios y otras por los Egipcios, en las continuas guerras que devastaron estas regiones, hasta que sus incursiones y asaltos provocaron las represalias de los Romanos, que terminaron por imponerles tributos y la suspensión de sus correrías. Pero el emperador Augusto, que había oído de griegos y romanos ponderar la riqueza de los árabes, lanzó una expedición sobre el Yemen, que culminó con un ruidoso fracaso. Luego, las huestes del emperador Tiberio lograron ocupar la península del Sinaí. Bajo su influjo Petra fue una magnífica ciudad romana, como lo testimonian ruinas que aún subsisten. Sus vínculos con los romanos llevaron a un árabe llamado Felipe a ser emperador en el año 244. Pero con la destrucción de Palmira por Aurelio en 272, efectuaron un repliegue que los llevó otra vez a sus desiertos.

La civilización arábiga anterior a la llegada de Mahoma es comentada por los autores bíblicos, que ponderan la pujanza de su comercio y hablan en términos elogiosos de Saba en el Yemen. Heródoto consigna que la Arabia feliz era la región más próspera del globo y que en Mareb, la antigua

Saba de la Biblia, se alzaban opulentos palacios, de pórticos dorados, plenos de jarros de oro y plata y con lechos confeccionados en metales preciosos. A su turno, Strabón, nos transmite análogas impresiones, y haciendo referencia a Artemidoro, habla de Mareb como ciudad maravillosa, en que la techumbre de los palacios ostentaba oro, marfil y piedras preciosas. Eratóstenes agrega, que las cosas por su suntuosidad semejaban mucho a las mansiones de Egipto, residencia de nobles y sacerdotes. Sus habitantes disfrutaban de todas las comodidades de la vida, un aire puro, un cielo sereno, abundantes manantiales de agua, un gran poder, un dominio bien cimentado y un imperio próspero hasta el más alto grado. Todo esto contribuía a convertir su país en una morada cuyas ventajas habían llegado a ser proverbiales. Pero toda esta prosperidad dependía de las famosas exclusas del Mareb, construidas en el reinado de Balkis, la que visitó a Salomón. Cuando fueron destruidas por invasores se produjo el desplome de un gran imperio y la despoblación del país.

El cuadro de belleza y opulencia que reflejaban estas ciudades que precedieron a la llegada del profeta y que pregonaron una alta civilización, se desvanecieron como por encanto en la bruma del tiempo y sus ruinas guardan el silencio y el misterio de las cosas muertas, esperando que los hombres de ciencia con la piqueta investigadora, hagan hablar al pasado.

### *Mahoma y el nacimiento de un imperio*

Sabida es la lucha de este hombre por alcanzar el poder y difundir su doctrina; sus derrotas, victorias e insucesos; el triunfo por fin de sus prédicas; el ejemplo de su vida, sencilla y austera, pero apasionada; su sagacidad, comparable a la de Salomón; sus peculiares prácticas y sistema de lucha, que fueron un anticipo de las que emplearía Gandhi mucho tiempo después contra el imperialismo británico. Este hombre genial, como casi todos los iluminados o enajenados, como suelen llamarlos, no dejó descendencia, pese a que le sobrevivieron nueve viudas. No abrigó la pretensión de realizar milagros, auncuando creyó y pregonó ser enviado de Dios.

Algunos biógrafos e historiadores han afirmado que era epiléptico, pero ninguna referencia sobre este aspecto aparece

en los diversos cronistas árabes que se ocuparon minuciosamente de su vida. Sabemos sí, por el testimonio de su mujer Aiescha, y de algunos de sus contemporáneos, que durante sus inspiraciones celestes, caía en un estado particular, caracterizado por congestión, gemidos y síncope.

Durante mucho tiempo y debido principalmente a prejuicios religiosos, y quizás también, al temor de desconceptuarse ante la denominada "opinión sana", impidieron reconocer la importancia de su empresa. Pero, cuando por desaparición de principios e ideas, motivada en nuevas perspectivas sociales impuestas por el progreso de los hombres y sus instituciones, la crítica y el enjuiciamiento histórico se liberaron de las ataduras morales que silenciaron a las generaciones anteriores, comenzaron a cambiar las desdibujadas imágenes del ayer. Para referirnos a un solo caso, nos basta mencionar el del escritor cristiano Mr. Barthelemy Saint Hilaire, quien se expresa en relación con el profeta: "Mahoma ha sido el más inteligente, el más religioso y más clemente de los árabes de su tiempo; y no sólo ha debido su imperio únicamente a su superioridad, sino que la religión que ha predicado ha sido un bien inmenso para las razas que la adoptaron".

Muchos aún, poco curiosos, se preguntan en qué consistía esa religión en que creyeron y creen hoy en día, tántos millones de hombres en la India, en la China, en el Africa, en Egipto, en casi todo el Oriente y en muchos otros lugares del mundo. Absolver este interrogante no debe llevarnos a una controversia teológica, que no es en manera alguna nuestro propósito, sino más bien a tratar de comprender la importancia que para los hombres representan la tolerancia y la ecuanimidad religiosas. Sus conquistas, en oposición con los que creen que ellas fueron exclusivamente producto de la fuerza, ya se trate de expansiones territoriales o propagación del Corán, se debieron en realidad al temperamento equitativo de los árabes y a su capacidad persuasiva mediante la presentación de una religión más sencilla que las practicadas hasta entonces. Aquí cabe recordar que una de las más grandes verdades demostradas por la historia, es la de que una religión no se impone jamás por la fuerza. En nuestro propósito de hacer más fácil la comprensión de por qué el Islam alcanzó tanta divulgación en regiones tan distantes unas de otras, apelamos a las siguien-

tes citas, que son un tanto elocuentes sobre este tema tan discutido. Robertson, en su historia de Carlos V: "Los musulmanes son los únicos entusiastas que han unido el espíritu de la tolerancia con el celo del proselitismo, y que, al tomar las armas para propagar la doctrina de su profeta, han permitido a los que no querían recibirla, seguir los principios de su culto". Michaud en la "Historia de las Cruzadas": "El Corán, que manda combatir la religión con la espada es tolerante con los religiosos; y ha eximido de contribuciones a los patriarcas, a los frailes y a sus servidores. Mahoma prohibió especialmente a sus tenientes matar a los frailes, porque son hombres de oración. Cuando Omar se apoderó de Jerusalén, ningún daño hizo a los cristianos. Pero cuando los cruzados se hicieron dueños de la ciudad santa degollaron sin piedad a los musulmanes y quemaron a los judíos". El presbítero Máchou en "Viaje Religioso al Oriente": "Es triste para las naciones cristianas que la tolerancia religiosa, que es la gran ley de la caridad de un pueblo con respecto a otro, les haya sido enseñada por los musulmanes. Sépase que es acto religioso respetar las creencias ajenas para hacer seguir a nadie creencias determinadas".

A su muerte el profeta había obtenido el inmenso resultado de forjar en una sola nación, en una sola creencia y bajo un solo conductor a todos los pueblos de Arabia. Proeza singular, nunca antes alcanzada por religión alguna de las que precedieron. Hazaña desconcertante, tratándose de un pueblo anárquico y orgulloso de sus libertades. Al culminar este hecho político-religioso, el mundo atravesaba un momento culminante y era objeto de profundas transformaciones. Roma, la otrora soberana del mundo, yacía sumergida bajo las ruinas de su muerta grandeza y sobre la orgullosa y soberbia conquistadora, acampaban los bárbaros del septentrión y del este, conteniendo por los despojos que les procuró la victoria final. El Imperio Romano de Oriente dominaba desde Constantinopla el Medio día de Europa, el Asia Anterior y el Norte de Africa, desde el Egipto hasta el océano Atlántico. A pesar de su aparente grandeza, acusaba ya en el cansancio de las civilizaciones decadentes y de la lucha sin tregua por un poder que le disputaban el Oriente civilizado y la oleada incontenible de los bárbaros en pleno desbordamiento. Persia, que había pasado ya por muchas alternativas de grandeza y expansión

territorial presentaba también síntomas de aguda decadencia. Nuevamente, como le había ocurrido a los poderosos imperios de la antigüedad, la fatiga de los siglos se había adueñado de las grandes potencias. Se aproximaba el inexorable relevo con el surgimiento de otros pueblos, bajo otros conductores de turno. Al perder sus ideales, el culto por la patria, su convicción religiosa, el amor por la libertad y el sentido de la gloria, los pueblos greco-romanos habían caído en el envilecimiento y en la postración, habían muerto en ellos las ilusiones que han arrebatado a los hombres y bajo cuya égida se han originado los edificios políticos y sociales que han dignificado a la humanidad.

Todo esto que faltaba a los demás pueblos, y mucho más, fue lo que les trajo Mahoma a los suyos, a quienes había encontrado sin ideales superiores, y en ello reside gran parte de su grandeza. Abroquelados espiritualmente estos hombres de Oriente, místicos, sensuales e impetuosos, no vacilaron jamás en dar su vida por la nueva fe, porque ningún bien terrenal les parecía superior a la vida futura, que su esperanza les movía a esperar. Sin embargo, los placeres que Mahoma prometía a sus discípulos y adherentes en el paraíso, no eran de ninguna manera superiores a los del paraíso cristiano, pues el Evangelio habla de él "Como de un estado, cuyas delicias sobrepujan todo lo que los ojos vieron".

Los musulmanes, porque de ahora en adelante los árabes constituirán sólo una parte del conjunto de pueblos que se alinearon bajo los estandartes del profeta, se lanzaron en cumplimiento de su orden a la conquista del mundo. Sobre la habilidad política de los sucesores de Mahoma, es ilustrativa la actitud de sus embajadores frente a la ciudad de Gaza, una de las primeras metas del vertiginoso avance de sus huestes de guerra: "Nuestro señor nos ordena haceros la guerra, si no aceptais su religión. Sed de los nuestros, haceos hermanos nuestros, adoptad nuestros sentimientos e intereses, y no os haremos ningún daño. Si no aceptais, pagadnos un tributo anual, con exactitud, mientras vivais; y combatiremos en favor vuestro contra aquellos que intenten haceros daño, y sean vuestros enemigos quienes quieran que fueren; y así os conservaremos fiel alianza. Si también rehusais ésto, no habrá entre vosotros y nosotros sino la espada, y os haremos la guerra hasta cumplir lo que Dios manda".

En idéntica forma procedieron con los demás países que hallaron en el itinerario de su marcha. Basta recordar, para no presentar excesivas citas, la conducta del Califa Omar en Jerusalén, una vez que venció a las fuerzas encargadas de su defensa. Entró a la ciudad con un corto número de sus compañeros; pidió al patriarca Sofronio que lo acompañara en una visita a los sitios consagrados a la tradición religiosa; manifestó a los habitantes que permanecieran tranquilos pues sus bienes y sus templos serían respetados, pues los musulmanes no celebrarían sus oraciones en las iglesias cristianas, porque ellas no eran aptas para su culto. Cuán diferente a la actitud de los cristianos en la misma ciudad algunos siglos después. Lo mismo aconteció en Egipto, donde se mantuvieron sus libertades religiosas, sus costumbres, la justicia y la inviolabilidad de las propiedades, a trueque de un impuesto anual, que los historiadores han estimado como un equivalente a 15 pesetas españolas por cabeza.

Así cayeron bajo el signo del Islam, Siria, Bagdad, Persia, la India, Egipto, Africa Septentrional, España, Sicilia, y algunas regiones del Medio Día de Francia, por espacio de dos siglos en esta última, así como numerosas islas del Mediterráneo.

### *La civilización Islámica*

Para no vincularnos a la controversia de los siglos sobre la civilización que patrocinaron los árabes, bástenos abordar el tema con una salvedad, por cierto muy justiciera para el mundo árabe: Ellos desde antes de Mahoma y en los tiempos que transcurrieron después de su muerte, nunca han sido ajenos a las ciencias, a las artes y a la historia de la humanidad. Este origen muy remoto, que ya advertimos está íntimamente ligado a la obra monumental, el libro de los libros, La Biblia, cuyas páginas han bebido los religiosos, los místicos, los historiadores, los intelectuales, los eruditos y las gentes de toda otra condición, en procura de conocimientos, de esperanzas, de placentero entretenimiento. Es allí donde creímos hallarlos por primera vez, desde su aparición en la historia. Pero los científicos, arqueólogos y filólogos principalmente, han retrocedido en el tiempo y les conceden un pasado antiquísimo. A través de La Biblia hallamos toda

clase de referencias sobre las tribus árabes y sobre el mundo legendario de la corte de Saba, donde reinaba Balkis. Y luego, más tarde, volvemos a encontrarlos bajo nuevas formas, ya más precisados, en otra obra de una rara belleza, impresa casi siempre con el primor y el esmero que solían dedicarle a las joyas de la literatura, los editores de antaño. En el lomo del libro, en letras de oro sobre fondo verde, se destacaba el título: "Las Mil y una Noches". Desde su comienzo trasciende ya el suave y delicado misterio que guarda cada una de sus páginas: "Cuéntase; pero Alah es más sabio, más prudente, más poderoso y más benéfico — que en lo que transcurrió en la antigüedad del tiempo y en lo pasado de la edad, hubo...". Así comienza la historia del rey Schariar. Y cuando nos enfrascamos en la lectura de estas mágicas historias nos preguntamos, al volver cada página, como seguramente solían hacerlo los lectores de las generaciones que nos precedieron, quienes serían los creadores de tan asombrosa sinfonía, que tiene la virtud de recrear, deleitar y obrar como preciosa medicina sobre esa enemiga, la angustia, compañera inseparable de los hombres de todos los tiempos. En honor a la verdad no podríamos, como suelen hacerlo algunos, atribuir toda su paternidad a los árabes, pero sí al conjunto de los grandes cuentistas semitas de remotos tiempos. Hay también algo evidente, pues se desconocen los nombres de los autores, y es que esta obra, según documentos de los siglos IX y X, tuvo como modelo una colección de cuentos populares persas titulada Hazar Afsanah.

Como este tema de la civilización arábica, tan controvertido ha llevado a ciertos comentaristas a afirmar, y aún dar por seguro, que los árabes en una de sus expediciones militares incendiaron la biblioteca de Alejandría para alimentar el fuego de sus estufas. Antes de proseguir nuestra apreciación sobre el tema de la cultura, juzgamos oportuno introducir a continuación los argumentos del profesor Dr. Gustavo Le Bon a este propósito: "A pesar de tan importantes pérdidas (se refiere a las bajas militares), Amrú se mostró indulgente con los habitantes de la gran ciudad (Alejandría), y no sólo les evitó todo acto de violencia, sino que procuró ganarse su voluntad, escuchando todas sus reclamaciones y procurando satisfacerlas. Mandó reparar los diques y canales, y consagró importantes sumas a grandes obras públicas. En cuanto

al pretendido incendio de la biblioteca de Alejandría semejante vandalismo era tan impropio de las costumbres de los árabes, que cabe preguntarse ¿cómo tan disparatada leyenda ha podido hallar crédito tanto tiempo entre muchos escritores formales? No es necesario ya combatir semejante absurdo, después de la completa refutación que de él se ha hecho en nuestra época. En efecto ha sido facilísimo demostrar por medio de citas muy claras, que mucho antes de los árabes, los cristianos habían destruido los libros paganos de Alejandría con el mismo tesón con que habían destruido las estatuas, y por consiguiente que Amrú no quemó ni halló libros que quemar”.

Para no desviarnos de nuestro objetivo principal de penetrar en la condición de los árabes, es lo más aconsejable remitirnos a dos aspectos de comprobada eficacia para juzgar de una colectividad humana: su religión y su literatura. En los árabes se aprecia evidentemente ausencia de imaginación pues nunca han tenido mitología como los indios, los griegos y los escandinavos. Su religión no sale del campo de nonoteísmo vinculado a algunas instituciones y ceremonias tomadas del judaísmo y del antiguo culto pagano. En la literatura la misma ausencia de imaginación y la misma predilección por lo real y positivo. No tiene epopeya ni tampoco poesía narrativa. Lírica exclusivamente descriptiva, su poesía sólo ha expresado el lado práctico de la realidad. Esto no conspira ni trata de menguar sus grandes cualidades intelectuales. En las “Mil y una Noches”, los cuentos de hadas, de imaginación fresca y riente, son sin lugar a duda, de origen persa e índico; los cuadros de costumbres y las anécdotas de la vida real, son árabes indiscutiblemente.

Cuando comentábamos antes que una “civilización se edifica sobre el humos de la civilización abigarrada y dinámica que la ha precedido”, hemos tenido en cuenta una serie de fenómenos que encajan dentro de esta apreciación. Tal es el caso de las nobles ciudades que florecieron en Oriente bajo la égida del credo islámico. Ello fue producto, a no dudar, del influjo o aprovechamiento de civilizaciones antiguas y olvidadas de Persia, India y China que nunca entraron en la corriente central de la vida europea. Y en el caso de la literatura arábigo-occidental, los musulmanes españoles debieron apro-

vechar restos de la civilización clásica helénica. Pero los árabes dejaron en España vestigios de tan honda significación, que nos sumen en un piélago de interrogaciones. Recordemos algunos con sincera emoción: "Los jardines incomparables que se llaman huertas de Valencia, de Orihuela, de Murcia y de Alicante; las vegas de Córdoba, de Sevilla y Granada que parecen soñados paraísos; los poéticos cármenes en que florecen plantas exóticas suspendidas del azul de los cielos; el Mediterráneo literalmente cubierto con las blancas velas de sus naves cargadas con los ricos tejidos de algodón, de lana, de sedería y de brocado que labraban en Córdoba, en Sevilla, en Almería y en Granada millares de telares; y qué decir de la Mezquita de Córdoba, de la Giralda de Sevilla y de la Alhambra de Granada, que los ojos no se sacian de contemplar". Y es, gracias a ellos, que la asombrada Europa recibió el sabio como sencillo sistema de notación aritmética, aprendido de los indios, y que el mundo agradecido ha bautizado con el nombre de numeración arábiga. Y continuando nuestra enumeración, el álgebra y la trigonometría y el descubrimiento en los cielos de astros que se habían escapado a las miradas de Hiparco y Tolomeo; y sobre la tierra, plantas salutíferas desconocidas de Aristóteles, Hipócrates, Galeno y Teofrasto. También hicieron resonar en nuevas liras, cantos nunca antes escuchados; la creación de la química y más allá de lo visible, penetrando en ese mundo de las eternas esencias, en cuya diamantina red están tejidos la naturaleza y el espíritu, y que el sevillano Tofail y el cordobés Ibn-Rosch enseñaron a Alberto el Grande, Santo Tomás y Escoto. A tanto llegan la grandeza y prestigio árabes en ese tiempo, que los emperadores de oriente y occidente, para captarse su amistad, envían presentes y embajadas.

No debemos pasar por alto, que pese a nuestras apreciaciones sobre la poca imaginación de los árabes, es tan fabulosa y magnífica su actitud ante el amor y los encantos femeninos, que uno de sus califas, por el capricho de una favorita, hace aparecer como por arte mágico aquella poética Zara, en cuyos jardines corrían fuentes de bullente azogue, cuyas maravillas nos parecían el sueño de un poeta, a no atestiguar unánimes, su existencia, escritos y ruinas majestuosas. En lo científico, sus grandes exponentes y sabios dirigieron la cultura del mundo durante siglos. Y no podemos menos de

asombrarnos con el número de sus literatos, de sus famosas academias y de la riqueza imponderable de sus notables bibliotecas. En el arte de la guerra, Almanzor, su mayor guerrero, después de debelar el gran movimiento de Burgos, León y Barcelona, hace conducir en hombros de cautivos las campanas de Santiago, para fabricar con ellas lámparas que alumbrasen la mezquita cordobesa. Todo esto, y un poco más, es el testimonio de los musulmanes de España.

La expansión de los árabes está señalada por las más variadas condiciones. Los pueblos que ocuparon vivían bajo grados de civilización que iban desde la semibarbarie, como algunas comarcas de Africa, hasta las de un plano elevado en las que trascendía el influjo grecolatino, como es el caso de Siria, sometida a Bizancio por más de siete siglos. Identificadas, con todo, estas regiones por la religión y la lengua, habrían de testimoniar bajo los árabes un fondo común idéntico, pero notables diferencias en lo que respecta a su civilización. En este encuentro de cultura hay hechos que para ciertos observadores pueden despertar los más encontrados sentimientos. Tal es el caso de Jerusalén, que guardaba en su recinto sagrado un impresionante pasado religioso. En ella había recibido Jesús, uno de los más grandes profetas del islamismo, una muerte que tendría la virtud de eternizar su pasión en los milenios por venir, y que también guardaba la famosa roca desde la cual, según sus correligionarios, Mahoma se había encumbrado hacia los cielos. Pues bien: cuando esta ciudad sucumbió ante las huestes musulmanas, el Patriarca Sofronio, puso como condición que la ciudad se rendiría al califa Omar, en persona. Este atendió la condición de los vencidos y "Salió de Medina casi solo, montado en un camello, y sin otros bagajes que un odre de agua y un saco de cebada, de arroz y frutas secas, y caminó día y noche para llegar a Jerusalén".

La tradicional riqueza y fecundad sirias alcanzaron bajo los ammiadas y los abbasidas su más alto nivel y su civilización rebazó los límites posibles. La opulencia, testimoniada por sus grandes ciudades: Jerusalén, Tiro, Sidón y Damasco, es capítulo aparte en la historia de la cultura. Esta región tradicionalmente cristiana, bajo el influjo de la tolerancia religiosa, de las libertades y de la paz, optó por adherirse a

la nueva fe. Para pregonar su grandeza, un poeta árabe la exaltó en los siguientes versos: "Cada montaña tiene el invierno en su cabeza, la primavera en los hombros y el otoño en su seno, mientras el verano duerme negligentemente en su falda".

Pero así como el emperador bizantino Heraclio, al saber su pérdida, hubo de exclamar, "adiós Siria", cuando llegaron los turcos, hubo un adiós más doloroso, según lo relata el historiador David en su "Historia de Siria": En vano la civilización de los califas había acumulado en dos siglos tantas maravillas como los griegos y romanos; una arquitectura deliciosa, un lujo deslumbrador, una lengua pintoresca, una gramática de lógica perfecta, una poesía de elocuencia magistral; en vano Damasco templaba sus aceros más finos, en vano Alepo hilaba sus sedas más brillantes; en vano el Horán veía cómo sus colinas recobraban sus adornos, sus árboles, sus frutos de oro, su población y su industriosa actividad; pues las hordas caucásicas, más ignorantes, más feroces, más ávidas que todos los antiguos conquistadores, incendiaban sin remordimiento los monumentos de arte y de la ciencia, destruyeron las fábricas, degollaron a los trabajadores y pulverizaron lo que no podían llevarse".

El historiador Gustavo Le Bon, en su obra "La Civilización de los Arabes", en su primera edición publicada el año de 1944, dice refiriéndose a la Siria de entonces: "Hoy en día la Siria no es otra cosa que una tierra desolada y estéril, cuya excesiva falta de vegetación me sorprendió vivamente al visitar el país. Diríase que esa tierra, en otros tiempos tan fértil, ha llegado a ser tan pobre, que ni capaz es de producir algunas yerbas". Esto coincide con el viejo decir popular, de que la yerba no brota más desde que sobre ella han pasado los pies del turco.

Hoy los viajeros, a más de esta observación, se conmueven al mirar las ruinas de Balbeck, pero se consuelan viendo que aún siguen en pie la mezquita de Omar (Haramchrif), la mezquita de Aksa y la torre árabe de Damleh.

Se había consignado anteriormente que la civilización arábiga revistió características muy diferentes de unas regiones a otras. Ellas estuvieron determinadas seguramente

por las condiciones del medio, su nivel cultural, sus posibilidades económicas y su ubicación respecto de las rutas que enlazaban el intercambio mercantil entre oriente y occidente. Este hecho se aprecia ostensiblemente cuando se mide el grado de progreso de los centros vitales del mundo musulmán, una vez finalizada la conquista, con el inicio y culminación de los distintos fenómenos de transculturación que hubieron de sucederse. Pero, no obstante que todo el conjunto dentro de las condiciones expuestas, testimonia prosperidad y adelanto creciente, son indudablemente los califatos de Bagdad y de Córdoba.

Los que encarnan las dos épocas más brillantes de la historia del Islam. Los dos progresaron paralelamente, uno en oriente y el otro en occidente, vinculados sólo por una comunidad de origen, de religión y de lengua, pero separados por distancias considerables. A manera de focos de deslumbrante esplendor, ellos se proyectaron, iluminando la sombría noche de una Europa sumida en la ignorancia y la barbarie.

Sobre el Tigris, cerca de Babilonia, los abbasidas que llegaron al poder en el año de 740 de la era cristiana (132 de la Hégira), fundaron su nueva capital y la llamaron Bagdad, la más célebre de las ciudades de oriente. En ella no se alzaron monumentos como los que en Siria perpetuaron la época de los califas, pero sus obras científicas y literarias así como las crónicas de sus historiadores, permiten apreciar, con clarividencia la civilización del siglo IX, propiciada por Harún-al-Raschid, el héroe de las "Mil y una Noches", y su hijo el Mamún. Es entonces cuando Bagdad alcanza el punto más alto de su prosperidad y a ella afluyen los embajadores de todo el mundo conocido. Allí, la organización política, las obras públicas, la enseñanza, la agricultura y la industria, las bibliotecas, las mezquitas, hospitales y escuelas, los caravanselares y los caminos, constituyeron el testimonio más elocuente de una civilización.

Pero sobre este mundo se abatió la tormenta. Los turcos que de esclavos y prisioneros de los árabes se habían tomado el poder en el siglo X, vieron perecer al último de los abbasidas a manos de los mongoles de Hulagú, en el año 1258 (656 de la Hégira). La ciudad fue saqueada de arriba a abajo. Un cronista de la época, Kotheddin-el-Anifi, comentó así su des-

gracia: "Tan grandes eran las riquezas que los hombres ávidos de instrucción habían llegado a juntar en esta capital antes de tan terrible catástrofe, que habiendo los mongoles tirado al río todos los libros de los colegios, formaron con su amontonamiento un puente por el cual podían pasar infantes y jinetes, y el agua se volvió negra".

Pero Hulagú, después de la devastación, quedó tan profundamente sorprendido con las maravillas de esta civilización, que se declaró su protector, y a poco él como sus hombres se iniciaron en su cultura, adoptaron su religión y su lengua, distinguieron a los sabios y artistas, y fundiéndose con los árabes, terminaron por fundar en la India un poderoso imperio, en el cual introdujeron los fundamentos de la civilización árabe, que aún predominan, amalgamados con la alta cultura índica.

La penetración y conquista llevada a cabo por los árabes en la India y Persia, se inicia en los años 637 y 645 de la era cristiana. Transcurría el califato de Omar cuando fue tomado Ispahán, y se produjo así la confrontación de dos grandes culturas. Bajo la dinastía de los sasanidas, Persia había alcanzado a desarrollar una hermosa civilización de la que los árabes aprovecharon excelsas cualidades artísticas. Aquí la transculturación alcanzó un grado tal de desarrollo que se aprecia en los restos de los monumentos pertenecientes a la época de los califas y en los que hizo construir después Abbas en Ispahán. Los dos estilos, en armónica conjunción, permiten apreciar los rasgos culturales característicos de estos dos pueblos. Constituye este acontecimiento histórico la clara demostración de que cuando dos grandes civilizaciones se encuentran, ellas conjuntas sus tendencias e impulsos creativos, pero sin confundirse totalmente. Esto se hace ostensible, si apreciamos que la influencia de los árabes consiguió que los persas adoptaran su religión y parte de sus usos, pero no su idioma. Este, desde luego, tuvo a pesar de todo gran difusión, impuesta por la necesidad que tuvieron los persas de estudiar en libros árabes las ciencias, la teología y la historia. Pero cuando todo hacía presagiar un largo reinado de los califas, sucedió lo que siempre solía ocurrir en la vida de oriente, llegaron los turcos seljucidas en el siglo XIII y emprendieron su acción disolvente y depredadora. A su vez ellos fueron

desplazados en 1403 por los feroces turcomanos. Si fuéramos a resumir lo que aconteció con la feliz conjunción de árabes y persas, podríamos deducir que por los testimonios históricos, que la influencia arábiga fue intensa en lo religioso, en las ciencias y en la lengua, un tanto, pero restringida en la arquitectura y las costumbres.

La India, justamente considerada como la Grecia de oriente, fue invadida por los árabes hacia el año 645 y su dominio se prolongó hasta el 750 en que fueron reemplazados por dinastías hindúes, a las cuales sucedieron los turcos y los mongoles que se habían convertido al islamismo. No obstante que los árabes tampoco desempeñaron en la India papel trascendental en el campo de la política, fue muy activa su influencia religiosa y civilizadora. Esto se comprueba en el hecho rotundo de que en la actualidad, la república del Pakistán contiene algo más de cien millones de musulmanes y se separó de la India desde 1956.

Con todo, la civilización de la India en la época que fue invadida por los árabes, era muy superior a la de éstos últimos. Sorprende si, que en el breve tiempo de su mandato hubieran logrado extender sus creencias en una parte tan amplia de esta inmensa región.

Fue tan grande la admiración que suscitó en el ánimo de Mahmud el Ghaznevida la visión que tuvo de los monumentos de los vencidos, que su carta a uno de sus generales es reveladora de esa fuerte impresión: "Esta ciudad maravillosa, dice refiriéndose a Muttra, contiene más de mil edificios, la mayor parte es mármol, y también cimentados, como la fe de los verdaderos creyentes. Sin embargo, no comprendo en este número los templos de los infieles. Si se calculase el dinero que todos estos monumentos han debido costar, no se exageraría valuándolos en millones de dinares; y todavía habría que tener en cuenta que una ciudad como esta no llegaría a construirse en dos siglos. Mis soldados hallaron en los templos paganos cinco ídolos de oro, cuyos ojos estaban formados de rubíes de un valor de cincuenta mil dinares; otro ídolo tenía por adorno un zafiro de cuatrocientos miskals de peso, y la figura fundida produjo, noventa y ocho miskals de oro puro. También hallamos un centenar de ídolos de plata, que equivalen a la carga de otros tantos camellos".

Del experimento árabe en sus colonizaciones, debe deducirse uno de los dos resultados siguientes: o la civilización árabe sustituye casi del todo a la de los vencidos, como veremos al tratar sobre el Egipto, o se fusiona con ella, tal como ocurrió en Persia y en la India.

Si en Persia y en la India la tradicional influencia civilizadora de los árabes debió inclinarse hacia una alternativa de transculturación, que habría de culminar en nuevas formas y estilos arquitectónicos; en la penetración religiosa y de idioma; en la introducción de usos y costumbres en consonancia con aquella y en la divulgación de las ciencias, las artes y la historia, todo ello atemperado a la nueva concepción que impuso a los árabes su confrontación con culturas iguales y aun superiores a la suya, en el Egipto asumió caracteres diametralmente opuestos. En éste, la existencia de su anti-quisísima civilización, producto o consecuencia de la especial configuración de esta comarca, única quizás en el mundo, demandó de los árabes la aplicación de todo su talento colonizador, para aprovechar en beneficio común las condiciones del medio, pero restaurando forzosamente en el vencido las tendencias, impulsos y estímulos, quebrantados por los conquistadores precedentes. Esta imperativa restauración de pautas, libertades y tradiciones que habrían de devolver el equilibrio social y cultural al pueblo egipcio, roto y desvirtuado por los invasores precedentes, constituyó el elemento ideal de infiltración y persuasión para imponer, sin restricción alguna, una nueva fe religiosa y un idioma, moldeado y adecuado en largas experiencias, como elemento precioso para aplicar integralmente un sistema de colonización acorde con la realidad de un medio condicionado por pautas culturales y por tradiciones seculares, que no habían logrado vencer ni los persas, ni los griegos y romanos.

Esta sorprendente habilidad política de los árabes les permitió fundar un poderoso imperio y ejercer una influencia nunca antes alcanzada en región alguna. Y fue así, como los descendientes de los antiguos egipcios, que habían logrado resistir a las más poderosas influencias, sin desvirtuar sus anti-quisimas tradiciones, adoptaron la civilización, la religión y la lengua de sus invasores, hasta el punto de ser completamente árabes.

Esta nueva experiencia de los árabes, al restaurar en Egipto usos y prácticas tradicionales, pero a tono con las condiciones de la época, fue producto y consecuencia del realismo que aplicaron siempre a sus planes de colonización. Su afortunado experimento viose recompensado por el éxito, y corroborado más tarde por un prolijo examen de los monumentos en diversas épocas, que demostró que esta colectividad no había escapado a la ley común de la evolución de las cosas, pese a que la civilización egipcia es una de las que se han modificado con más lentitud, a manera de reto a los dictados del tiempo.

Aquí cabe, como respaldo a la consideración formulada anteriormente sobre el posible autor del incendio de la biblioteca de Alejandría, incorporar otro acto de vandalismo perpetrado por los cristianos de oriente en el 389 de nuestra era, siendo Teodosio emperador de Constantinopla. Este gobernante, a quien se ha juzgado siempre como uno de los últimos césares, a la altura de su responsabilidad histórica, mandó derribar en Egipto todos los templos y estatuas de los antiguos dioses y todo lo que a éstos se refiriese. Pero la solidez de estos monumentos dificultó y postergó el cumplimiento de esta orden, con lo cual sólo perdieron sus inscripciones y figuras. Aún se hallan esparcidos en Egipto al pie de las viejas construcciones, los restos de esta fantástica devastación, como testimonio de uno de los más tristes actos de intolerancia y vandalismo.

El período culminante de la civilización árabe en Egipto fue bajo la dinastía de los fatimistas. Se caracterizó por el progreso de las artes y de todas las industrias que el dominio de la ciencia hace posible. El Cairo su capital, fundada al comienzo de su colonización, a orillas del Nilo, sigue siéndolo desde hace doce siglos, sobrepasando la grandeza de Alejandría y convirtiéndose con el tiempo en la rival de Bagdad. Desde allí se expidieron las normas que habrían de regular la vida de los distintos estamentos sociales. Se establecieron tribunales permanentes y salas de apelación. Se respetaron las leyes, los usos y las creencias de los nativos. Se concedió a la religión cristiana, todas las garantías necesarias para ejercer su culto. Se le permitió designar un patriarca y construir dentro de la nueva capital los templos que requirió para el libre ejercicio religioso.

La prosperidad y riqueza de Egipto bajo el dominio árabe rebasó todos los cálculos imaginarios. Esta bonanza era debida a dos causas: La producción agrícola y la especulación comercial. Su prodigioso desarrollo lo convirtió en el depósito del comercio de Europa con Arabia, la India y el resto del oriente. Todas las mercancías que iban de oriente a occidente debían pasar por Alejandría. En el puerto del Cairo se concentraban más barcos hacia el siglo XIV, según registró en su crónica el florentino Frescobaldi, que en Génova o en Venecia. 30.000 barcas en el Nilo cargaban o descargaban las mercancías. Este manantial de riqueza duró hasta 1497, cuando Vasco de Gama dobló el cabo de Buena Esperanza y llegó hasta la costa de Malabar. Con el establecimiento de los portugueses en la India, la fortuna de los califas llegó a menos y se quebrantó el comercio de los árabes en oriente.

Este rudo golpe y la influencia cada día mayor de la milicia de los mamelucos, inició el declinar del poder musulmán. Los futuros califas ya no serían de la gran dinastía fatimita.

En razón de la brevedad de esta presentación histórica, no es posible ocuparnos de los grandes e imponentes monumentos que atestiguan el legado de los árabes en Egipto. Fueron tantos, tan bellos y tan impresionantes, que se necesitaría mucho espacio para dar clara idea de la civilización que crearon los discípulos del Corán.

No es posible tampoco dedicarle, aun cuando sea una breve atención a la actuación de los árabes en el Africa Septentrional, en Sicilia, en Italia y en Francia. Bástenos decir que la primera, fue inferior a la realizada en Siria y en Egipto; en Sicilia, una vez dueños de la situación, se dedicaron a la agricultura y a la industria, sacándolas de la postración en la que la habían sumido los invasores anteriores. Introdujeron una gran variedad de plantas, entre ellas, el algodón, la caña de azúcar, el fresno y el olivo; construyeron obras de canalización, que aún funcionan, como ocurre en España con los acueductos de ciertas regiones; instalaron acueducto de sifón; dieron gran auge a la explotación de las riquezas naturales del país, como plata, hierro, cobre, azufre, mármol, granito, etc., e introdujeron el arte de trabajar la seda. Impulsaron el comercio y construyeron monumentos, de los cua-

les aún subsisten el palacio de Zipa y el de Cuba, junto a Palermo, cuando se produjo la invasión de los normandos, éstos tuvieron el buen sentido de comprender la superioridad de los discípulos del profeta, adoptaron sus instituciones, las apoyaron con su protección y se mantuvieron en buenas relaciones con los árabes, hasta cuando éstos fueron expulsados al advenimiento de los reyes de la casa de Suabia.

La ocupación por los musulmanes del Medio Día de Francia no dejó huellas perdurables, porque los lugares en que residieron los consideraron como puntos estratégicos para proyectar desde ellos sus incursiones para recoger botín y riquezas, arrebatados a sus moradores. Dos siglos después de que los contuvo Carlos Martel, cerca de Poitiers, el año 732 de nuestra era, aún permanecían los árabes en ciertas regiones de Francia.

Esta fue a grandes rasgos la historia de los árabes en las regiones que constituyeron su imperio colonial. Es por cierto una historia reveladora del gran influjo que ejercieron sobre el mundo, haciendo brillar las ciencias, las artes, las letras, la industria, la agricultura y el comercio.

### *La decadencia del Mundo Árabe*

Cuando se agota una civilización, comienzan a apreciarse síntomas y factores determinantes de su decadencia, que no se observaron con anterioridad o que pasaron inadvertidos para la gran mayoría de los observadores. Es entonces cuando se echa de ver que las colectividades humanas, los países, las ciudades y los hombres están sometidos a la ley común de la evolución de las cosas; que ellos tuvieron su momento histórico; que el transcurrir del tiempo, así como procura ideales nuevos y formas distintas, asimismo arrebató y se lleva lo que en su momento brilló e irradió su fulgor. En ocasiones son muchos los que se preguntan por qué la vida ha sido larga o breve para aquellos, sin tener en cuenta que su vitalidad es consecuencia de aptitudes, virtudes y circunstancias, casi siempre apenas a su voluntad. Civilizaciones como la de Roma, se prolongaron, en contraste con otras que fueron muy efímeras. Los griegos después de su ruina, revivieron la gran-

deza romana, los españoles disfrutaron de un siglo de oro. Los franceses tuvieron el siglo de Luis XIV. Inglaterra fue por mucho tiempo la soberana de los mares. Así la historia, está plena de ejemplos.

Ciudades que fueron en su momento históricos emporios de riqueza, deleite de propios y extraños, ejemplos de progreso, patria de sabios y artistas famosos y que irradiaron su civilización hacia todos los rincones del planeta, se hundieron como Babilonia, Nínive, Atenas, Cartago, Roma y muchas otras, bajo las ruinas de su esplendor y se cubrieron con el polvo de los siglos. Estados poderosos que hicieron temblar el mundo de su época, desaparecieron dejando sólo el recuerdo de sus grandes hechos. Algunas nobles ciudades ostentan sus ruinas famosas al lado de urbes modernas que llevan su nombre y que se aprestigian con su gloria pasada. Otras, como Florencia, Venecia, Brujas, se convirtieron en ciudades museos, y por último, muchas otras han resucitado y surgido como por ensalmo del polvo, la ceniza y la vegetación que los cubrió por varios siglos.

Sin entrar a polemizar a propósito de las nuevas concepciones que los antropólogos de hoy sostienen respecto al término razas o grupos étnicos, insistiremos en definir como raza a ese cierto número de sentimientos y aptitudes parecidas, que coexisten en sus individuos y tienden a converger a un mismo resultado. Este acervo de sentimientos comunes, producto de lentas acumulaciones hereditarias, constituyen ciertamente legados de tiempos pasados que nuestros predecesores contribuyeron a crear y nosotros a recoger y desarrollar para nuestros descendientes. Pero como la vida del hombre es tan corta o más propiamente tan fugaz, las generaciones a su paso van modificando estos elementos tan lenta y tan imperceptiblemente, que sus variaciones sólo son apreciables en el decurso de los siglos. Así, con todo su lento discurrir, esta evolución va determinando el carácter nacional. Aquí debemos aceptar sin vacilaciones la tesis antropológica, de que los caracteres morales e intelectuales de los grupos étnicos, son tan estables como los caracteres físicos de las especies. He aquí pues, uno de los fundamentos esenciales que han influido en la grandeza de ciertos pueblos como los espartanos, los indúes (indios), los romanos y los árabes. Estos

últimos, sin referirnos a los demás, testimoniaron a lo largo de su historia, que si este elemento fue un determinante de su grandeza, terminó por ser también factor decisivo de su ruina, no obstante que el ideal religioso logró mantener la unidad. muy cerca de ocho siglos. Estos dos conceptos tan importantes, acompañados de virtudes como la tolerancia religiosa y la mansedumbre de su dominación, aseguraron el triunfo del Corán y de las instituciones que de él se derivaron. Pero hubo algo más en los árabes que influyó poderosamente para alcanzar su poderío. Ellos, a diferencia de los bizantinos, que vivían y reposaban en influencias tradicionales del largo pasado griego, no estuvieron jamás supeditados a la noción de sus culturas ancestrales, que aun cuando las tuvieron en el hondo pasado, careció para ellos de continuidad y sus mentes sólo tuvieron de las mismas una imagen desdibujada e imprecisa. Esta vigorosa y sencilla personalidad de los árabes, les permitió también, lejos de prejuicios y de ideas preconcebidas, admirar, aceptar y captar con su libre inteligencia, la importancia de la cultura grecolatina, hasta llegar a dominarle en toda su extensión.

Ahora bien. Si estas causas constituyeron determinantes activos de la formación y desarrollo de la civilización árabe y les permitió crear un gran imperio, ellas también serían factores decisivos para su decadencia. En efecto el "momento histórico" a que nos referimos anteriormente, ya había pasado; sus instituciones, rígidas y eternas al no evolucionar, se quedaron estatificadas en el tiempo; la terminación de la conquista, melló y redujo en ellos la dinámica que caracterizó su impulso; la mezcla o mestizaje con pueblos de la más variada condición, como los berberiscos del Africa Septentrional o los hombres de color del Africa Meridional, disminuyó en las huestes musulmanas su acendrada convicción religiosa, y por último, el elemento árabe al dispersarse en todas direcciones, disminuyó el núcleo vital de sus efectivos humanos. Una circunstancia, más grave aún, se derivó de estos últimos hechos: la pérdida de la unidad política y el desbordamiento de sus luchas intestinas. Son estas, a grandes trazos, las razones históricas que pueden aventurarse para justificar la caída de este gran imperio, pero sin afectar la difusión de su civilización en todos los continentes del vasto mundo.

## *El retorno de los árabes*

Después de languidecer por mucho tiempo en una especie de postración, propicia a las invasiones imperialistas y a la ocupación de su territorio, el mundo musulmán parece haber entrado en un plan de recuperación, que se apoya en una economía basada en la producción petrolífera, en la agricultura, en el turismo, en el comercio y en una industria que muestra síntomas de progreso. Este avance económico es consecuencia de planes de reestructuración auspiciados y asesorados por el mundo occidental, que ha venido ejerciendo acción muy directa en la vida de los países árabes. Estos, ante la realidad de su atraso intelectual y material, frente a las naciones en pleno desarrollo, tanto de Europa como de la América del Norte, han caído definitivamente dentro de la órbita poderosa de la cultura occidental y han confiado su destino al progreso material, planificado dentro de los moldes europeos y norteamericanos.

En contraste con la vida de sus pueblos, su civilización, que ya no pertenece sino a la historia, no ha muerto del todo. Su religión y su lengua, que en el período de bonanza esparcieron por el mundo, como hemos visto en reseñas anteriores, se hallan hoy día más extendidos que en las brillantes épocas de su gran esplendor. El idioma árabe es universal desde Marruecos hasta la India y el progreso del islamismo es constante, con trascendencia benéfica en ciertas regiones subdesarrolladas.

Cuando hablamos del retorno de los árabes, queremos con ello significar, que a pesar de las consideraciones que anteceden, existe en los árabes la firme resolución de rechazar el proteccionismo occidental y de lograr nuevamente una situación digna ante el mundo. Hoy, como ayer, el temperamento económico de estos pueblos es el que respalda sus aspiraciones de autonomía e independencia, apoyando firmemente en su comunidad de religión y de lengua. A manera de formidable puntal de sus aspiraciones, el 9 de enero de 1968, se constituyó en Beirut (Líbano) una institución denominada "Organización de Países Arabes Exportadores de Petróleo, para promover la cooperación entre los estados miembros en los diferentes sectores de la industria petrolífera, reforzar las

relaciones económicas, asegurar un abastecimiento regular a los países consumidores y adoptar las medidas necesarias a la protección y salvaguardia de sus miembros”.

El petróleo, que conforme reza el espíritu que animó la organización de la OPAEP, constituía sólo un elemento de potencial económico en ese entonces, se ha convertido de esa época a hoy, en el arma más poderosa y efectiva para colocar a los árabes en una posición descollante y dominadora en la economía mundial. Ellos han pasado a ser virtualmente los amos en las decisiones que se adoptan en materia de precios y en la política petrolera. Y a tanto ha llegado su capacidad económica, que a diario presenciamos que los inversionistas árabes adquieren empresas y acciones en empresas de las más variadas características. Y también, hoy como ayer, el influjo de la religión es tan poderoso, que un líder religioso ha desafiado el poder de los Estados Unidos del Norte de América con el respaldo de todo el pueblo de su país.

Aquí se cierra esta reseña de un pueblo, cuyas aventuras podrían constituir un cuento más de “Las Mil y Una Noches”. Así lo comprendió don Federico de Castro, traductor de la Historia de los Musulmanes de España, al cerrar el prólogo de ésta célebre obra de Reihart P. Dozy: “Los árabes han cumplido su misión en Occidente: custodios de una inmensa caravana, han traído a Europa las riquezas estancadas de las civilizaciones Orientales; ya no les queda más que levantar sus tiendas y volverse al desierto de donde partieron”.

## BIBLIOGRAFIA

*La Biblia.* Antigua versión de Cipriano de Valera. Madrid. 1934.

*El Corán.* Aguilar S. A. de Ediciones. Madrid 1951.

*Historia de los Musulmanes de España.* Reinhart P. Dozy.  
Emecé Editores. S. A. Buenos Aires.

*La Civilización de los Arabes.* Dr. Gustavo Le Bon. Biblioteca  
Clásica Buenos Aires. 1944.

*La Conquista de la Tierra.* Wilhelm Treue. Editorial Labor S. A.  
Barcelona. 1952.

*Historia de las Colonizaciones.* René Sédillot. Ayma. S. A. Edi-  
tora Barcelona. 1961.

*Audacia y Heroísmo de los Descubrimientos Modernos.* Paul  
Hermann. Editorial Labor. Barcelona. 1958.